



# LEODEGARIUS ME FECIT

SHANTI DE OARSO

La María Magdalena del maestro Leodegarius.

Cada vez que llego a Sangüesa en mis recorridos por el Camino de Santiago, buscando ese Camino de Conocimiento trascendental que la civilización occidental debe encontrar urgentemente sin recurrir a prestados orientalismos, experimento una especial emoción.

La enseñanza tradicional que comunica toda piedra románica a quien posee la clave interpretativa, en Santa María la Real de Sangüesa se hace diáfana. Y para un renteriano, entrañable además, al recibirla, en parte, de la María Magdalena más bella que jamás haya surgido de la piedra sagrada.

El portal sur de Santa María está sostenido por seis estatuas-columnas: San Pedro, San Pablo y Judas, ahorcado, a un lado; al otro, las tres Marías. Sobre ellas,

el mundo románico con una riqueza en formas y simbolismos como rara vez se encuentra. María, la Madre de Cristo, está en el centro de las tres, y a su derecha y a su izquierda María, madre de Santiago, y María Magdalena.

La seis son las estatuas-columnas más hermosas del románico español. Están directamente relacionadas con uno de los talleres de compañeros constructores que levantaron la catedral de Chartres. Pertenecen a un románico muy maduro en el que la mirada hacia el punto absoluto se humaniza, las manos cobran vida, los pliegues de las túnicas parecen moverse al viento, se cuida al máximo los tocados y todo el conjunto adquiere un aire de armonía suprema.

Suele repetirse tópicamente que las tallas románicas y góticas fueron ejecutadas por maestros anónimos de los que poco sabemos. En gran parte esto es verdad, pero no suele saberse explicar la razón del anonimato. En Sangüesa se comprende fácilmente. María, la Madre de Cristo, nos señala con sus dedos un libro que soporta con la mano izquierda en el que se lee: «Leodegarius me fecit». Esta es la gran lección del maestro constructor y de la misma piedra. Porque en Sangüesa la que nos habla, la que se dirige al que la interroga, es la piedra («me hizo»), no Leodegarius. El inspirado maestro, poseedor de un conocimiento tradicional que le confiere una técnica perfecta para transmitir el mensaje sagrado, ha sido el hombre que ha sabido despojar a la piedra de las capas y volúmenes precisos hasta poner al descubierto la figura que ya contenía en su interior y que la piedra sagrada era «consciente» de poseer.

El constructor o escultor románico sabe que su obra le sobrepasa, que él es sólo un instrumento de la sabiduría sagrada y que lo importante es su mensaje, nunca su persona. Se siente un peldaño más en el camino que el iniciado en el arte sagrado (que nunca debe confundirse con religioso) ha de recorrer en la asunción del conocimiento tradicional que le llevará a la unidad suprema de su microcosmos con el macrocosmos al que se considera integrado.

El maestro románico ejecutaba su arte porque tenía algo que comunicar al hombre que se acercaba a su obra. Debía transmitirle la luz que él ya poseía. Y lo hizo sacralizando la piedra, dejando que ella fuera quien hablara mientras él desaparecía en su sombra.

¿Qué sucede hoy? Actualmente el artista se coloca por delante de su trabajo. Hoy se mira antes la firma que la obra. El artista habla, habla. Muchos no dicen más que sandeces, algunos toman la postura del sesudo, otros la del intelectual comprometido. Rodean su trabajo de palabras para disimular que su obra es muda, que es incapaz de transmitir nada—a lo sumo, leves sentimientos humanos—, para tratar de engañar a un público aún no alienado por la alta papanatería al uso y que se siente por completo desligado de lo que se le expone. Poca luz transmiten quienes se debaten en mundos crepusculares.

Leodegarius, que sería incapaz de comprender nuestra situación actual tras siete siglos de involución hacia la obscuridad, nos da, sin pretenderlo, una lección más. Es la lección de la obra bien hecha. El maestro románico se realiza mediante el trabajo, mediante su obra que sabe sagrada. Mientras talla un león o lanza una bóveda transformando espacios y volúmenes, se transmuta él mismo en el largo camino de su depuración espiritual. Es la sacralización del trabajo trascendente. Esta y no otra es la explicación de que en la Edad Media no se hicieran más que obras maestras. Los artistas medievales rodearon de ellas a sus hermanos para ayudarles en su evolución.

Hoy estamos en el siglo de las pruebas, de los ensayos, de los estudios previos... Y sobre todo, estamos en el reinado de la chapuza, de la chapuza omnipresente que no tiene justificación alguna.

«Leodegarius me fecit»... Todavía se sigue enseñando a los estudiantes de cualquier grado (incluido el universitario) que la Edad Media fueron unos siglos oscuros en los que el hombre se debatía entre el terror y el fanatismo.